



Norte.—Usted es español, aunque nacido en Francia, en castellano escribe; nunca ha perdido el hilo de la literatura española. ¿Puede decirnos cómo la ve, qué autores jóvenes se destacan?

M. A.—Lo que importa es el idioma; todos saben que Kipling era polaco, pocos que Carpentier —el gran novelista cubano— es hijo de francés y de centroeuropea; que el dramaturgo mexicano que más cuenta, Usigli, es hijo de italiano y polaca. Y no digamos Apollinaire, etc. Soy, hoy, ciudadano mexicano. En cuanto a los escritores españoles jóvenes que se destacan, creo que todos están de acuerdo, menos en lo que se tiene por “jóvenes”, que es el punto principal. Para mí, Cela es joven; para la mayoría dejó ya de serlo, ¿Y Blas de Otero con sus canas? Puede haber discusiones acerca de quiénes son los peores, pero no los mejores y si los hay, como abundan las antologías, basta con sumar. Además: ¿Tomás Segovia, Ramón Xirau, Manuel Durán son o no españoles? Sus nombres sonarán a raro en la península, donde no han leído sus libros; a lo mejor son norteamericanos de pasaporte y, sin embargo, para mí, cuentan entre los mejores poetas y ensayistas de la nueva generación castellana. Es muy difícil atar los cabos de una contienda civil que hace años peina canas. Lo malo es que sus hijos ya serán de verdad, uruguayos, norteamericanos, ingleses, rusos o lo que sea. Digo lo malo, y miento: la sangre nueva siempre es buena, si sirve la letra del que la recibe.

Norte.—¿Qué es la literatura?

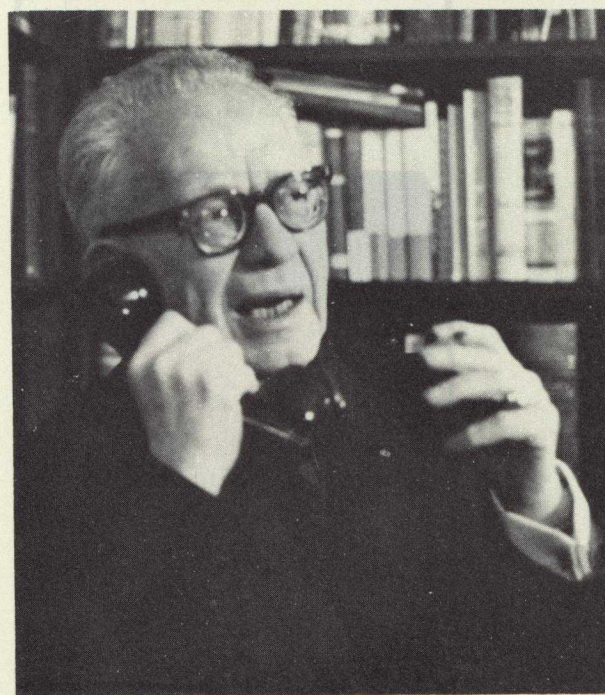
M. A.—¿Sin adjetivo? Lo dice la Academia: “Arte bello que emplea como instrumento la palabra”. Lo malo es que según el mismo diccionario, “palabra” es un “sonido o conjunto de sonidos que expresan una idea”. Lo que ya es de un sectarismo inaceptable.

Norte.—¿Qué no es literatura?

M. A.—La mayoría de lo que se escribe.

Norte.—Max Aub, pertenece a una generación gloriosa de pensadores y creadores en lengua española, ¿qué nos podría decir en síntesis de esa generación, de lo que han influido en las nuevas generaciones y de quiénes se nutrió su generación más hondamente?

M. A.—Ni tan gloriosa, como no sea en poesía. Dejando aparte a Federico García Lorca, no creo que hayamos influido gran cosa al lado de Galdós o Valera, de la generación del 68; ni de Unamuno, Valle-Inclán o Azorín, de la del 98. En nosotros



influyó Ortega, Henríquez Ureña, Husserl, los rusos —sobre todo—, Gide; los surrealistas y de la literatura clásica española: Gil Vicente, Lope, Quevedo, Gracián, Larra, Galdós. En los profesores exilados, Américo Castro. En los eruditos, como es natural, Don Marcelino y Don Ramón.

Norte.—¿Qué es la vida?

M. A.—No soy biólogo.

Norte.—¿Qué es el amor?

M. A.—No tengo la menor idea. Es.

Norte.—¿Qué es España para usted?

M. A.—El lugar donde me plantaron.

Norte.—¿Qué es México?

M. A.—El lugar donde me trasplantaron.

Norte.—¿Qué piensa del futuro de nuestro mundo y hacia dónde cree que va?

M. A.—No soy adivino ni profeta. Ni astrónomo.

Norte.—¿Qué proyectos humanos y literarios tiene en este momento?

M. A.—Muchos más de lo que podré realizar.

Norte.—¿Qué recomendaría a un joven con vocación literaria?

M. A.—Que siguiera siendo joven hasta donde más no pueda.

Norte.—¿Qué libro de la literatura universal le hubiera gustado escribir?

M. A.—La Gramática, de la Academia.

Norte.—¿A qué escritor mexicano, de estar en sus manos, concedería el premio Nóbel?

M. A.—Vamos a dejarlo por la paz.

Norte.—¿A qué autor español?

M. A.—Si no lo tuvo Galdós, ¿qué más da?

Norte.—¿Qué ha representado Luis Buñuel dentro de su generación?

M. A.—Poco. Fue uno más. Pero escogió el cine para expresarlo y nos dejó a todos chiquitos, del brazo de Federico. De joven el hijo del conde de Romanones le ganó el campeonato de pesos medios *amateur*. Luego nos dejó a todos K. O. (Buñuel, claro).

Norte.—¿Qué piensa del futuro inmediato (en un plazo de diez años) de España?

M. A.—Ya le contesté antes: consulte a una adivina.

Norte.—¿Qué piensa de sí mismo?

M. A.—Ya sé qué es lo que quiere que le conteste. No siendo poeta, no me importa: Como novelista, al lado de Zunzunegui o de Gironella, por ejemplo: soy casi un genio. Como escritor al lado de Cela y de Sánchez Ferlosio, me defiendo; como dramaturgo, al lado de Casona, hago buen papel. Pero no es decir gran cosa, desgraciadamente.

A LA COMUNIDAD:

El Frente de

Afirmación Hispanista, A. C.

ha otorgado

la medalla

“José Vasconcelos”

a las siguientes

personalidades:

León Felipe

Salvador de Madariaga

Felix Martí Ibáñez

Joaquim Montezuma de Carvalho

Luis Alberto Sánchez



Gabriela Mistral

Enero y

Liliana Echeverría Drummond



El sol del verano alumbraba ardoroso en el panorama chileno. Los nardos poéticos se mecían al viento de las tardes. Sus aromas crecían bajo el canto de los zorzales.

Entre la cordillera y el mar se multiplicaban cosechas y sueños. Las golondrinas daban una nota de encantamiento a todo, pulsando almas con el mágico contorno de sus alas.

Allá en nortañas latitudes americanas, Gabriela Mistral también se llenaba de alas, en búsqueda de un sol de eternidad. La nieve tocó su costado, y sus manos ungidas de ternura retuvieron para siempre un rosario de estrellas. Dormida sobre una almohada de versos, había cumplido sus proféticas palabras de morir en tierra extraña.

"BAJARE amarillos los párpados por no ver más Enero y Abril", rezaba en un nocturno de ruego y ansia de trasmundo. Y precisamente Enero la vió cerrar sus ojos verdes como las hierbas de su amado Valle de Elqui.

Ahí donde su infancia floreció junto a las cañas rubias. Cerca de la hermosa conjunción de tres ríos, y de montes dorados y árboles de ramas tendidas como un abrazo solemne y simple a la vez.

Su Valle del Elqui, que paseó con ella por el mundo, cuando su voz lírica tuvo resonancias en los horizontes. Cuando su vocación de maestra fué un alfabeto fabuloso, que llamó la atención. México la vió llegar al llamado de Vasconcelos, para cumplir una hermosa misión de educadora.

Su alma había sido signada por una luz distinta. El amor y el dolor habían sido constelaciones supremas en su vida, y su poesía de sollozos y de arrullos triunfó. Su voz mecida en la rosa de los vientos encantó, porque tenía sal de su mar, metal de sus montañas y miel de sus valles.

Alegre y amarga, poesía el don de un acorde profético en su lira. Su constante diálogo con Dios le tejía una aureola mística conmovedora, que la identificaba plenamente.

"Todas íbamos a ser reinas", dijo en un poema bellissimo. Y cuando Suecia la señalara con el precioso galardón, puso sobre su cabeza la corona de laureles de una inmortalidad, y dejó en sus manos el cetro luminoso de un reconocimiento universal a su poesía de cielo y de tierra. Porque fue arcilla moldeada por el grito apasionado por el amor. El que tuvo vigencias en un hombre en todo el arco de su vida. El encuentro en el paisaje de pedrerías de Montegrande, fue eslabón para todos los días, como si ese romance fuera un garfio de plata que la unía al que partió lleno de prisas.

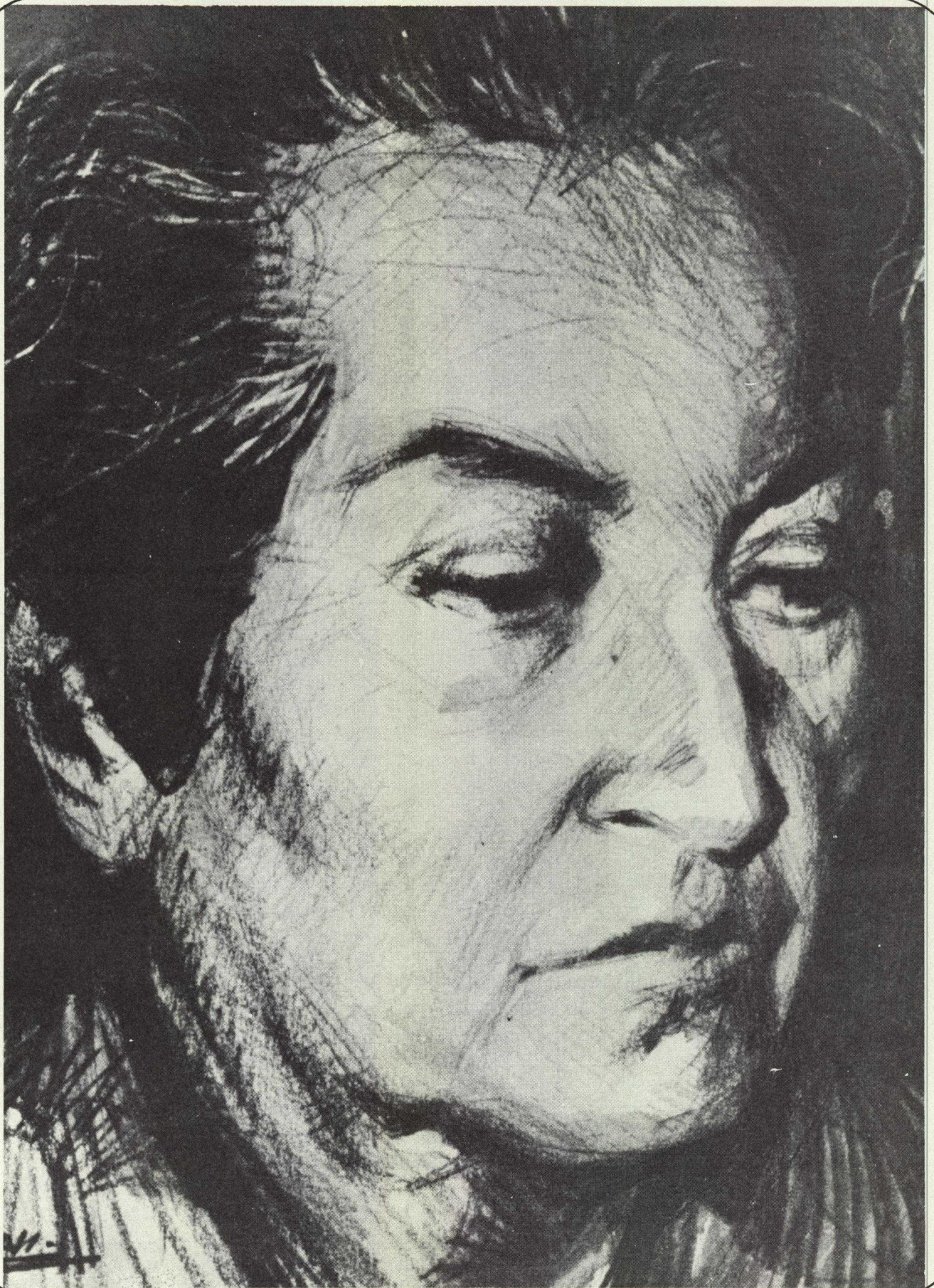
Enero la vió venir en silencio, y le tendió las manos llenas de sol y pétalos de rosas. De lágrimas y latidos asombrados del corazón. Ovillada la voz, sus propios versos custodiaron su regreso al terruño. Y la cordillera de piedras azules y eternas nieves, la saludó con resonancias de metales. Su mar la llamó hija, y el Zodíaco grabó palabras suyas en su cinta celeste, la que la protegió. Desde un Abril rojizo de Otoño y de violetas, con abanicos de viento llenos de música, hasta el Enero de su éxodo. El que anhelaba fervorosamente: "Y en el ancho lagar de la muerte aun no quieres mi pecho oprimir".

Su prestancia espiritual bajo los astros está en los Evangelios. Mujer en todas las horas, revive su recuerdo de itinerarios prodigiosos en los velos rosa de cada amanecer.

Junto a los nardos y a los zorzales de otro Verano, es muy dulce pensar que el primer poema que retuvo nuestra ánfora infantil, fue uno suyo.

El mágico viento repite: "El amor vuelve gajo de rosa el madero". Y las noches de luna al mirarse en los tres ríos en conjunción, rezan: "Todas íbamos a ser reinas de un reino hasta el mar".





LA ESPAÑA DE TODOS

Federico de Onis

a Gabriela Mistral

Tuvo V. la bondad, mi noble amiga, de asistir a mi última conferencia en Méjico sobre el Quijote. Ahora, que volvemos a estar separados por la muralla que divide a las dos Américas, me pide V. que le aclare y precise algo de lo que allí dije acerca de la esencia de España. Me es muy grato hacerlo y lo voy a hacer en forma abierta y pública. Usted es americana; yo soy español. Nada hay tan importante, creo yo, para españoles y americanos como dialogar abierta, levantadamente hasta llegar a **formar una idealidad común que sea para todos fuerza y guía, conciencia de nosotros mismos, impulso y meta del porvenir.** Independientemente de lo que queramos o no queramos, de lo que pensemos, está el hecho de que formamos todos en el mundo de los pueblos, una casta aparte que habla la misma lengua y representa una manera de ser humana. Esta realidad es tan fuerte y tan profunda que subsiste a pesar de todas nuestras diferencias, más alta que las montañas y los mares que nos separan, más definida que la sangre de nuestras venas, más honda que nuestras diferencias políticas, que nuestro orgullo individual, que nuestros odios, vanidades y negaciones, que nuestro aislamiento y nuestra dispersión. Los demás nos distinguen en el acto como un grupo de hombres uniforme y definido desde Cataluña hasta Méjico, desde las Antillas hasta Chile. Esto debería enseñarnos que no es la tierra, ni la raza, ni el sistema de gobierno, ni la religión, ni la economía, lo que realmente determina y constituye la manera de ser de los hombres, sino algo más hondo que todo eso, algo sutil e indefinible, que no es ni un continente ni un contenido, sino más bien una actitud, una función, un devenir. Eso es lo que la historia moderna llama una cultura. Y nosotros somos y representamos y seremos y representaremos siempre, a menos de que dejemos de existir, una cultura específica y distinta: la cultura española. Sigamos el rumbo que si-

gamos, vengamos a donde vengamos, juntos o separados, queriéndolo o no queriéndolo, todo lo que hagamos de positivo y de original llevará el mismo sello y será español aunque le demos otro nombre. Uno de los errores que perturba nuestra visión es el de mirar a la España de hoy como representante genuina y exclusiva de esa manera de ser que llamamos española porque en España tuvo su origen. Y los americanos a menudo sienten que pueden acercarse o alejarse de lo español, como de algo ajeno, a voluntad, según su preferencia; y suelen creer que porque viven en otra tierra o se hayan mezclado con ellos un número mayor o menor de extranjeros, o porque hayan recibido la influencia espiritual de otros pueblos mediante la lectura de sus libros y el trato con sus gentes, ya han roto con España y han dejado de ser españoles para ser en cambio otra cosa. Pero el hecho es que España, **la España verdadera, no está fuera de ellos, al otro lado del Atlántico, sino dentro de ellos mismos,** en su mismo ser y substancia, y a esta España no pueden aunque quieran volverle las espaldas ni romper con ellas a menos de desaparecer. Si España, por un posible azar histórico, llegara a desaparecer, como han desaparecido otros pueblos, como desapareció Grecia y Roma, España viviría en América. Y si la cultura española desapareciese o fuese sustituida por otra parte de América quedaría viva allí donde quedara un americano de origen español. Y si desaparecieran todos y tantos millares de hombres llegasen a hablar y pensar y sentir en inglés, es decir, dejarasen de existir, y por lo tanto la cultura española fuera una cosa cerrada definitivamente a toda continuación mediante la producción original de otros hombres, no habría muerto todavía ni moriría nunca. Quedaría entonces más pura que nunca, limpia de todo lo actual, transitorio, libre de odios y recelos, viviendo, como ya vive en las almas de otras gentes, fecundando otras culturas, como una de las fuentes eternas de la humanidad futura. Porque la cultura española lo es, porque es humana y es insustituible, por-





que los españoles a través de diez siglos han inventado en un esfuerzo constante y progresivo un modo de resolver definitivamente los problemas del hombre ante su destino. Y un cauce que se abre ya no se cierra y lo que se inventa no se puede volver a inventar y cada hombre que nace vuelve a hacerse, con el aire que respira, lo que piensan los otros y a vivir las vidas de los muertos que es la única que no muere. Y España, la España que no morirá, no vive necesariamente en los españoles que andamos por aquí vivos mejor que en otros; puede ser que esté más viva en América; puede ser que lo esté fuera de nosotros dando sus frutos entre gentes que hablan otras lenguas. **Lo mismo que Grecia, Roma o Judea viven hoy entre los bárbaros y los gentiles.** Y España representa una manera humana tan original, tan distinta como la que representan Judea, Grecia o Roma, aunque hija y descendiente de éstas. Y sin ella no podría pasarse el mundo, ni se pasa, aunque haya interés en negarlo, por no haber pasado España al panteón de los pueblos muertos. Para nosotros, americanos tanto como españoles, este problema de España, es el de nuestra propia vida, el de nuestro ser o no ser. Nuestras vidas individuales, las vidas individuales de cada uno de nuestros pueblos están abiertas a las posibilidades infinitas, tiene que realizarse, y si hemos de vivir tenemos que escoger algún camino. Podemos no escoger ninguno y permanecer inertes, lo cual equivale a morir; podemos suicidarnos y voces anhelantes de suicidio se oyen. Podemos dejarnos llevar pasivamente por otros, que es otro modo de no vivir. Pero si queremos vivir de verdad tendremos que vivir por nosotros mismos y es en el fondo de nosotros mismos, en nuestra manera de ser donde hemos de encontrar la dirección, el impulso nuestro, que nos alejará sin duda de lo que hemos sido pero que será compatible con ello, que será una vibración más acorde con toda la armonía histórica que constituye la unidad de nuestra cultura y seamos como seamos seremos españoles.

Alguien dirá: No, seremos indios. Nuestro impulso originario viene de más atrás. La civilización indígena es nuestra civilización o lo es tanto como la española que vino a incrustarse en ella. Esto se dice mucho ahora, y no seré yo quien deje de tomarlo en serio. No me guía en nada de lo que voy diciendo estrecho patriotismo. Acabo de confesar que no creo que los españoles tengamos el privilegio de serlo, y admito la posibilidad de que lo seamos menos incluso que los extranjeros. No busco con estas reflexiones convencer a nadie para que se ponga a servicio de una España cuyos intereses yo crea representar. **La España que a mí me importa está por encima de nuestras voluntades, de nuestra afirmación y nuestra negación,** y si es, como yo creo, nada puede destruirla ni necesita ayuda de nadie. Si vive en nosotros, donde quiera que sea, ella se mostrará en lo que creemos; y si no, no, por mucho que lo deseemos. ¿Os creéis indios? Muy bien; tratad de serlo, tratad de ser lo que creéis que sois. Quizá queriendo ser una cosa seáis otra, y para el caso será lo mismo. Lo seguro es que no podréis menos de ser lo que realmente sois. Pero mirad no os equivoquéis en algo que puede ser muy grave, que puede ser mortal. Los errores que hay que temer tanto en la vida individual como en la colectiva no son los de orden intelectual sino los de orden moral. Don Quijote se equivoca constantemente al interpretar la realidad y sin embargo marcha certero a su fin y es invencible e inmortal. Porque es absolutamente sincero y su aspiración única es ser quien es. Si vosotros sois sinceros y no queréis engañaros a vosotros mismos, si amais sobre todas las cosas la verdad y seguís fielmente lo que se os aparece como tal, no hay peligro ninguno en que la creencia que os mueva a obra pueda no ser verdadera. Actuaréis como si lo fuera y vuestros actos serán verdaderos, serán vuestros.



Corrallandone

Joaquim Montezuma de Carvalho

Presencia viva del tango en

Jorge Luis Borges



J. C. CASTAGNINO

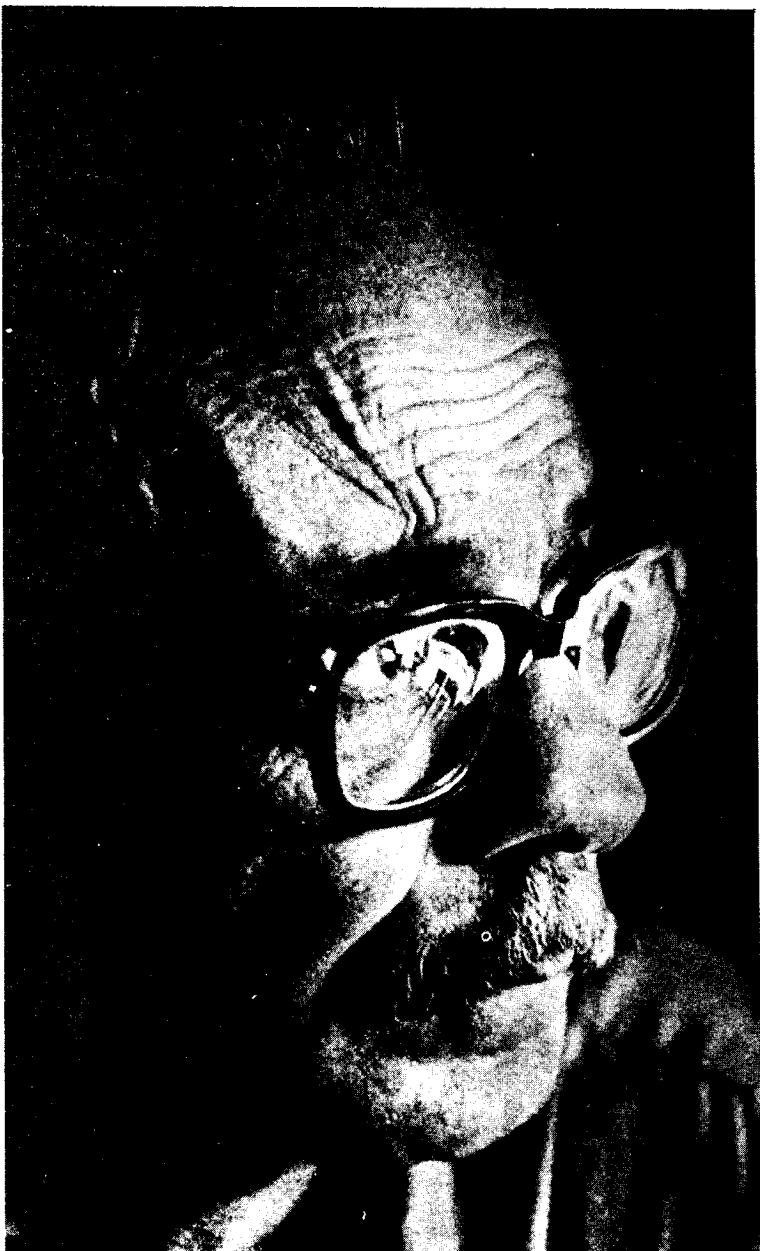
El magnífico novelista y ensayista argentino Ernesto Sábato define soberbiamente al tango en dos períodos de su obra "El Escritor y sus fantasmas" (Madrid, 1963, página 33): "El tango es la única danza popular introvertida, a la inversa de todas las danzas populares, que son extrovertidas. El tango es triste, dramático, expresa muy bien el rasgo esencial del hombre rioplatense: su frustración, su nostalgia, su espíritu introspectivo, su desencuentro, su rencor y su descontento". Otra tanto podrían decir los portugueses de su fado. Es por eso que un poeta lusitano tan, subjetivo, dramático y de fondo triste, porque agónico como José Régio, apenas un año más joven que Jorge Luis Borges, tenga un libro de poemas que se llama precisamente, "Fado" (1941). Se escribió con todos los ingredientes de que habla Sábato. El fado es la instrospección de la tristeza portuguesa, con más nostalgia que sexo y menos coraje que frustración, en relación al tango. Un estudio comparativo del tango y el fado revelaría parentescos consanguíneos tan fla-

grantes que sería preciso conciliarlos en la misma función, para revelar el sentimiento de lo vivo y la evocación de lo vivido. Sin embargo, no vamos a exhibir aquí, en este momento, esa prueba de sangre.

El mundo lee, traduce y celebra a Jorge Luis Borges; pero, ¿a qué Borges? Al Borges que encanta a todo el mundo y que produjo una literatura seductora como juego formal, poco o nada relacionado con su "circunstancia argentina", con su realidad fuerte y muy suya, que lo rodea. El mundo entero lee y admira a Borges; pero sólo a cierto Borges. Conoce al Borges de los cuentos fantásticos, al algebrista de los sentimientos, al fascinante escritor que hace literatura de la filosofía, colocando a Parménides o Heráclito, Berkeley o Hume, como ingredientes cultos de sus mágicas "ficciones". Pero ese antidogmático Borges (todo hombre superiormente culto es antidogmático), para quien el ejercicio libre de la inteligencia y el corazón está por encima de su propia experiencia, es igual a Fernando Pessoa. El poeta portugués escribió un día



estas palabras, reveladoras de su humanismo, tan escasamente compartido por sus compatriotas: "Nadie me ofende no concordando conmigo; para una criatura como yo, tan poco firme en toda la especie de las opiniones y tan mutable en todo género de sentimientos, una discordancia no tiene el aspecto de agravio que asume para los firmes y los dogmáticos. Por eso, vive habitualmente en desacuerdo conmigo mismo". Para que nadie ponga en duda su antidogmatismo libertador, la más santa de las libertades, Fernando Pessoa insistió: "Por mi parte, le ofrezco mi auxilio. Soy un pobre recortador de paradojas; pero poseo la cualidad de arreglar argumentos para defender todas las teorías, incluso las más absurdas y es esta última la habilidad con que me recomiendo". Borges es igualito a Fernando Pessoa: su profundo ejercicio con las palabras, la semántica y las teorías, lo llevan a dejarse arrastrar por lo que la inteligencia tiene de juego (río heraclítico, concentración de contrarios) y de inventivo, sin relación directa con la circunstancia vital. Para Borges, igual a Fernando Pessoa, todos pueden tener razón y... nadie la tiene verdaderamente. Son una escasa minoría los escritores que llegan a tener esta sabiduría. Y son más libertadores que unas cuantas docenas de Bolívars, a pesar de los idólatras de la historia. Borges y Pessoa heredaron esa vena que mostró Sócrates, un día, en las plazas públicas de Atenas: demostrar una razón o una verdad e inmediatamente después, como en un ataque, demostrar la certeza de lo contrario... A fin de cuentas, ¿qué hay de firme en la vida, el pensamiento y el sentimiento? Poseo el don de arreglar argumentos para defender todas las teorías, decía Fernando Pessoa y toda su obra así lo demuestra. Y todos sus heterónimos tienen razón y... ninguno de ellos la tiene. Defiende todas las teorías, incluso las más absurdas, incomodado por sus contemporáneos, tan poco flexibles y tan ferozmente enemigos de lo absurdo. Así es el Borges superior, el escritor más inteligente que hay actualmente en el mundo, esto es, es más demolidor de creencias, más socrático en la búsqueda de la verdad, que sabe que no alcanzará o que teñirá sólo con varios colores, diversas hipótesis, varias fantasías... Todos tenemos razón. Ninguno de nosotros la tiene. Y esto es válido para todo. Vale hasta para la física contemporánea, heredera de Galileo. Ya no existe una teoría de la luz. Coexisten varias (seis u ocho no soy físico). Ninguna de las teorías de la luz es verdadera y... todas lo son. Es este modelo el que aplicó Borges a lo largo de su gran producción literaria. De él resultó un Borges, especie de jugador genial de ajedrez, tal como el Pessoa de los versos de "El paso de las horas": "sentirlo todo, de todas las maneras, tener todas las opiniones, ser sincero, contradiciéndome a cada minuto, desagradarse a sí mismo por



la plena libertad del espíritu, y amar a las cosas como Dios". El escéptico Pessoa de "la fe no tiene verdades". De ahí que un Borges no crea en ninguna línea de lo que escribe, con fe o creencia en lo que dice. Borges sólo cree en la posibilidad y, luego, se dispara hacia muchas otras "posibilidades". Un escritor de este temperamento tenía necesariamente que fascinar, del mismo modo que atrae un Fernando Pessoa, múltiple y paradójico. Pero lo que el mundo sabe y lee de Borges es lo que pertenece a este mundo antidogmático y puro, derivado del juego libre y recreativo, del alma desligada de todas las contingencias terrenales (el encontrar llevó, al salir de casa, sus botas sucias de barro, a la pampa cercana que se alarga...). Y a ese escritor puro, porque no está comprometido con su circunstancia social, es al que los de la línea contraria no toleran, satirizan y polemizan. Hace poco, Pablo Neruda le dijo a la escritora argentina Rita Guibert: "Nunca pelearé con Borges para agradar a los que alimentan esa polémica. El hecho de que piense como un dinosaurio no afecta mis propios pensamientos, Borges no entiende nada de lo que pasa en el mundo contemporáneo". A ese escritor que "siente todo de todas las maneras", le llaman dinosaurio, porque molesta su libertad para pensar así, sin los grilletes del dogmatismo. No le toleran la tolerancia. No aman ni aprecian el caleidoscopio de su inteligencia ni la emotividad plural de su alma.

Y todavía Borges siente la política. Simplemente para su espíritu, la política no tiene dignidad. No es pensamiento. No es doctrina. No pasa de ser una simple opinión (mera, mera, mera opinión, como dirían en la ciudad de México). Eso es lo que no le perdonan los "hombres de partido", sean o no Neruda. ¿Y quién más dinosaurio, arqueológico y obtuso? El futuro próximo examinará los huesos...

Borges considera que no es preciso ser de "partido" para amar la libertad, la justicia social y el bien común, la paz y la prosperidad de todos. Basta decir que Borges luchó contra el Perón, sufrió las consecuencias y, políticamente, no es ningún dinosaurio. Apenas sabe un poco más que Neruda, en la línea de Fernando Pessoa, que la creencia no tiene verdades. Sabe que todos pueden tener razón... y no tenerla verdaderamente. Nadie. Nada es cierto. Nada es fijo. El mágico y simbólico Borges (sus cuentos fantásticos son señales de posibilidades, no de certezas) se afilia al Pessoa de aquellos tres versos de "Psiquetipia o Psicotipia", del heterónimo Alvaro de Campos: "Entonces, ¿es todo el mundo símbolo y magia?/ si callar es.../ ¿Y por qué no ha de ser?" Esto es lo que Neruda no entiende, como hombre de una sola fe y una "sola y exclusiva verdad". Sí, la historia de los cien años próximos dirá a quién pertenecen los huesos del tremendo dinosaurio,

si al de las pampas argentinas o al de los lagos chilenos.

El mundo sólo conoce a este Borges, mago de símbolos, soñador de metafísicas múltiples, habilidoso de eclectismos (los fanáticos dirán un sinvergüenza), que se dedica a los juegos. Es el traducido a docenas de lenguas cultas. El que desde hace unos años señalan como candidato al Premio Nóbel de Literatura. Es el Borges festejado.

Pero aquel piso alto en el que vive en la "calle Maipú de Buenos Aires" y donde entre en el curso de una mañana que nunca olvidaré (vale por todos los obeliscos faraónicos de la gran capital), alberga a otro Borges, éste más directamente comprendido y percibido por los mismos argentinos, los moradores de la misma casa, la misma calle, la misma ciudad. En él vive, en todo caso, un argentino. Se llama Jorge-Luis Borges, nombre que nada tiene de castellano y, sí, todo de portugués. Es argentino desde la cabeza rubia hasta la punta meridional de sus pies. ¿Qué importa que esté versado en todas las culturas y conozca como pocos filosofías y literaturas, si no ha dejado de ser el distinguido señor argentino que vive y ha vivido siempre en Buenos Aires y ama todo lo que lleva el sello original de su tierra natal?

En aquel piso alto, con una vista soberbia hacia la Plaza de San Martín, el corazón de la capital, vive un argentino muy argentino. Y a ese, el mundo lo desconoce. Cuando un día, y no dejará de presentarse, le den el premio Nóbel a Borges, estarán premiando al Borges hermano gemelo de Fernando Pessoa; pero sólo a ese. Sin embargo, los argentinos sabrán siempre que hay dos Borges.

Por ejemplo, un Ernesto Sábato sólo reconoce verdaderamente a este Borges al que desconoce el vasto mundo, el Borges "argentino". El otro, ecuménicamente culto y domesticador de todos los laberintos de la inteligencia y la sensibilidad, no es aquel a quien aprecia Sábato, en la estela de miles de sus compatriotas. Y el mismo Sábato dijo, en su libro de ensayos "El escritor y sus fantasmas": "la fama es un conjunto de equivocaciones, y muy a menudo un artista es alabado por los defectos que le debilitan. Y a este hombre (J. L. Borges), que por encima de todo es un poeta, se le celebra por sus juegos de ingenio, por cosas que a lo más pertenecen a esa literatura bizantina que constituye el lujo (pero también la flaqueza) de una gran literatura".

No llego a tanto. Borges, el Borges que estima el mundo, no es un escritor bizantino. Sólo hay bizantinismo cuando esa literatura puede dejar de hacerse y Borges siente tanta necesidad de ella como de la otra, que lo tipifica, a los ojos de los argentinos, como argentino. El mundo conoce también sólo de Camoens lo que es-

cribió en "Os Lusíadas", al glorioso e imperecedero épico. Y no conoce al lírico de las canciones. Cuando mucho, descubre un poco del lirismo impreso en algunas octavas. Y lo épico y lo lírico fueron en Camoens dos solicitudes tan imperiosas como imposibles de evitar. Así sucede con Borges. Hay dos Borges; pero ninguno de ellos es gratuito o vale menos que el otro. No creo que el Borges (el que se conoce en el extranjero, fuera de la Argentina) ejerza esa literatura suya como "pasatiempo sofisticado". Para matar el tiempo, entonces, le bastaría a Borges ponerse a escuchar tangos... lo que nunca cansa.

Camoens, en la Canción IV, había ya de "cada uno con su contrario y un sujeto (estaba)". ¿Para qué romper la heterogeneidad radical del ser, adquisición de la filosofía moderna, presentida genialmente por Camoens unos siglos antes?

El Borges al que Sábato califica de bizantino es tan válido como el "otro". Son la unidad de su ser heterogéneo, son los contrarios revelados como expresiones sólo aparentemente diferentes...

No hay que despreciar al uno para valorar al otro. Lo que urge es revelar a este "otro", al que el mundo no ha descubierto todavía. Revelarlo, por lo menos, entre nosotros.

Hay verdaderamente un Borges ligado a la turbia circunstancia argentina, la que impone ya sus modelos vitales y no se conforma con cualesquiera artificios, el puro gozo verbal, el uso de un tema, para alabanza o burla. Es el Borges que deriva, más como efecto que como causa, del aire y los cielos, de las tierras y las aguas de su país natal. Fernando Pessoa decía: "Tenemos, todos los que vivimos, una vida que es vivida/ y la otra vida que es pensada". Sin una rigidez absoluta, no es erróneo afirmar que el Borges al que el mundo traduce y admira es el de la "vida pensada", y el otro Borges, el hogareño, no por eso menos universal, el que más tiernamente conmueve a los argentinos, es el de la "vida vivida".

Este "otro" Borges, no por menos conocido menos alabado, es sobre todo el poeta de los libros "Fervos de Buenos Aires" (1923), "Luna de enfrente" (1925) y "Cuadernos de San Martín" (1929). En estos poemarios vive Buenos Aires o, mejor dicho, resucita un Buenos Aires casi muerto por el avance del progreso, la barahúnda de las inmigraciones, los rascacielos, el cosmopolitismo sin carácter. Un Buenos Aires de tradición casi pálida y que está a punto de extinguirse. El Buenos Aires que Borges poetiza, el de las casas sencillas de los arrabales, más metidas en la pampa que en la ciudad, con sus paredes pintadas de color de rosa y sus tranquilos patios interiores, como navíos anclados, llenos de azul del cielo que está encima, infinito como la misma pampa y, luego,

muy cerca, la realidad de la pampa, mar de tierra, mar liso, sin olas ni montañas... Suburbios que la gran ciudad fue devorando poco a poco, robando los cimientos del progreso a la ingenuidad de las hierbas y los espacios libres. Todo esto es nostalgia. Por eso existen estos versos, síntesis de todo lo que estoy mencionando: "Esta es una elegía/ de cuando los portones de Palermo hacían/ sombra/ y el sur era de carro y el norte era de quintas".

Pues Borges nació y vivió libre de niño, en el barrio de Palermo, en ese tiempo medio pampa, con quintas y casas de campo amplias, todavía tranquilas... hoy, el sur y el norte de la gran ciudad argentina aniquilaron a la pampa, como el alambre de espino mató al "gaucho", libre como su caballo, por los espacios sin demarcaciones... La poesía de Borges eterniza lo que fue y pasó, aun cuando todavía se pueda recorrer un poco el velo, sobre esta realidad, hoy en día. Los poetas eternizan lo fugaz y hacen el inventario de una nación. Mañana, las cosas de ese inventario habrán muerto; pero renacen de los poemas y otros, los lectores, las reinventan. Las patrias se fabrican con esos materiales. El ser argentino de Borges es el del hombre que eterniza el momento transitorio, aquella casa de campo con portones que el martillo y la piqueta del progreso echarán muy pronto abajo...

El Buenos Aires de Jorge Luis Borges es un recinto amplio, donde cabe todo, materializado por el sueño y la nostalgia, para perdurar en todo tiempo, fuera y más allá de todas las piquetas. Plazas tranquilas, calles anticuadas, con patios interiores. Y una guitarra... La música instintiva, el tango, tan profundamente ligado a todo esto. La piqueta habrá hecho desaparecer los "corrales" de los suburbios, donde la prostitución "iba encubierta por lo más distinto: la música". Pero la piqueta no deshace la música, el tango, que nació y se vitalizó a media luz de los lupanares. La energía tremenda del tango lo venció todo, primero la indiferencia burguesa de las clases adineradas y de buen tono, que veían en él un reflejo puro del vicio y el pecado. Después, como fenómeno espectacular, el tango dejó de ser "el baile de compadrito y de lupanar" para ser adoptado como hijo ejemplar por todas las civilizaciones. Y "se civilizó". París lo perfiló y le dio una legitimidad que derrotó finalmente a los argentinos de "buen tono". Cuando el tango volvió a la Argentina estaba ya legitimado. Hoy en día, casi no se recuerda que fue un hijo pobre y genial de las casas de prostitución. Lo saben los exégetas y los historiadores del tango (entre estos Ernesto Sabato, Ulises Petit de Murat, Bernardo Canal Feijoo y Oswaldo Rossler). Y saben también que tiene sus raíces en Africa, sobre todo en Angola, aculturado después por los Caribes, el Brasil, el gaucho, el negro y el compadrito argentinos... y, finalmente, el lupanar.

Algún día escribiré sober todo esto de manera más pormenorizada. Es la subhistoria del tango, su asiento complejo de nacimiento, con su misterio colectivo y su alquimia creadora. Un nacimiento de hace casi ochenta años. Un largo período que, aunque hizo que se alteraran las circunstancias sociológicas, no se liquidó junto con el producto. El tango ha subsistido y perdurará, aun cuando las razones biológicas de su nacimiento pertenezcan ya hoy, exclusivamente, a la historia, al museo de lo vivido. El tango excede a la causa sociológica. Ahí está para perdurar. El último exégeta, el ensayista Oswaldo Rossler, en su libro "Buenos Aires dos por cuatro" (Losada, Buenos Aires, 1967) aboga por un nuevo tono para el tango, esencialmente a través de las letras cultas y poéticas, precisando que "hay un ciclo del tango que ha concluido, aguardando otros cuyo sentido último será de orden moral". En suma, el tango está bien de pie y es incluso ya un programa nacional para la reforma social.

Sin embargo, ya sea esto o aquello (y hay toda una avalancha de explicaciones; todo el mundo quiere interpretar al tango como se interpreta a Aristóteles o Platón), el tango, y en eso todos están de acuerdo, es "un pensamiento triste que se baila", según la definición siempre eterna, eterna como el tango, de Enrique Santos Discépolo.

¿Y cómo es el tango para Jorge Luis Borges, no el músico, sino el poeta de ritmos verbales con sabor de tango, lo que también es música, pero música de palabras? ¿Cómo es la palabra y el ritmo de tango en Borges?

Borges no concibe al tango como hijo híbrido de la "milonga montevidéana" (la milonga salida de Angola, aculturada en el Brasil) y nieto de la "habanera" (otro ritmo afro). Su nacionalismo argentino (¿Habría algo de racismo en esto?) lo lleva a considerar al tango "muy porteño, el pueblo porteño se reconoce en él plenamente, no así el montevidéano, etc." Borges, para desbaratar la tesis de africanismo o negritud del tango, dirá: "el tango puede discutirse y lo discutimos, pero encierra, como todo lo verdadero, un secreto. Los diccionarios registran, por todos aprobada, su breve y suficiente definición; esa definición es elemental y no promete dificultades, pero el compositor francés o español que, confiado en ella, urde correctamente el tango, descubre, no sin estupor, que ha urdido algo que nuestros oídos no reconocen, que nuestra memoria no hospeda y que nuestro cuerpo rechaza".

Entonces, ¿un espíritu tan profundo y culto como Borges no adelanta nada para la interpretación del tango? ¿Será que se limita a rechazar las cualidades foráneas (esencialmente la negritud) y mata la cuestión con el tal "secreto", un llamamiento inofensivo a lo misterioso?







No, Borges verdaderamente afirmó algo, o mejor aún, evidenció algo que no se había notado en el tango. Borges acepta el sabor sensual o sexual del tango; pero —he aquí la novedad— le atribuye el carácter complementario de “pendenciero”. Así, en el último capítulo de su ensayo sobre el poeta Evaristo Carriego, escribió: “la índole sexual del tango fue advertida por muchos, no así la índole pendenciera. Es verdad que los modos o manifestaciones de un mismo impulso, y así la palabra **hombre**, en todas las lenguas que sé, connota capacidad sexual y capacidad belicosa, y en la palabra **virtud**, que en latín quiere decir coraje, procede de **vir** que es varón”. Y concluye su intuición: “hablar del tango pendenciero no basta; yo diría que el tango y las milongas expresan directamente algo que los poetas, muchas veces, han querido decir con palabras: la convicción de que pelear puede ser una fiesta”.

También tenemos la palabra, en portugués, de donde procede el adjetivo “pendenciero”: es la *pendencia*, la desavenencia, el conflicto, la pelea, el desafío. Eso es lo que, a los ojos escrutadores de Borges, singulariza también al tango: es un combate, una batalla en la que el coraje está incluido, no con espadas, sino con “cuchillos”, o sea, con facas o navajas.

España tuvo al Cid Campeador, valiente, buen espadachín y símbolo de honra. Portugal tuvo soldados y capitanes de igual valor. Tenemos el orgullo de nuestra virilidad que no es sólo sexo, sino algo más, combate. El tango, para Borges, por su carácter “pendenciero”, substituyó a lo que un país nuevo, sin Edad Media ni Renacimiento, no tuvo. El tango, para Borges, en lo que concuerdo, “da a los argentinos la certidumbre de haber sido valientes, de haber cumplido ya con las exigencias del valor y del honor”.

Esto es lo esencial del concepto del tango que tiene Jorge Luis Borges. Pero veamos su conocido poema “El Tango”, tan finamente traducido en Portugal por el poeta Ruy Belo y difundido en la reciente selección “Poemas escogidos de Jorge Luis Borges” (Publicações Dom Quixote, Lisboa, octubre de 1971, 97 páginas). Un poema que el famoso Quinteto Nuevo Tango (obsérvese lo “nuevo”, siguiendo los pasos de Oswaldo Rössler), del célebre compositor Astor Piazzolla puso en ritmos innovadores, como lo hizo con muchos otros poemas “tanguísticos” de Borges.

Una cosa es la teoría de un poeta, otra el poema que realiza. La teoría anda dispersa por los ensayos, sobre todo en el libro sobre Evaristo Carriego. ¿Será que los poemas sobre el tango reflejan toda esta teoría y sólo ella?



A mi modo de ver, el poema "El Tango" cristaliza el pensamiento de la calidad litigante y corajuda. Bastará citar los versos:

¿Dónde estará (repito) ese salvaje
que irguió, en tortuosos senderos
de tierra o en perdidas playas,
la secta del puñal y el coraje?

Pero el poema "El Tango" mira más hacia el pasado que hacia el futuro. El Borges de "Fervor de Buenos Aires" era melancolista casi extático en la emoción de unos suburbios que estaban siendo devorados. Pura melancolía. El Borges que canta y enaltece al tango, es también igual. No mira al futuro como Oswaldo Rossler. La verdad es que el tango se va modificando, a pesar de su permanencia. El tango de hoy ya no es el "baile de compadrito y lupanar". Pero Borges invoca los tiempos idos, los que fueron apuñalados, los que apuñalaron, toda una "mitología de puñales"; pero puñales en los que ya se secó para siempre la sangre humana en sus hojas. Hoy, el que apuñala va a parar a una delegación de policía, sin honra ni provecho. La nostalgia de Borges por los tiempos primitivos del tango es tal que su poema "El Tango" sólo quiere demostrar la supervivencia del pasado, cueste lo que cueste (y aquí vuelven a dividirse las opiniones). He aquí una porción del poema que ilustra esta perdurabilidad, a mi manera de ver, bastante forzada, que es apenas una nota de nostalgia por una cosa muerta e irre recuperable:

Aunque la daga hostil o esa daga,
el tiempo, os dispersara por el lodo,
hoy, más allá del tiempo y la aciaga
muerte, en el tango viven todos

El tango actual sería para Borges, en la actualidad, lo que "estaba perdido, mas fue recuperado". Algo extático. Algo demasiado tradicional y que no refleja las innovaciones, desde luego, las que Astor Piazzolla presentó... en sus bellísimas interpretaciones de los poemas de Borges en los que el tema central es el tango. La tradición no tiene que ser necesariamente un resultado de cosas siempre iguales. Eso es lo que falla en Borges, el concepto de una tradición como algo fluctuante y siempre en busca de nuevas formas y nuevos contenidos.

El poema de Borges termina:

Que es tiempo solamente. El tango
crea un pasado irreal, real ahora.
Recuerdo que no puede irse.
Muerta en la lucha, en un lugar de la
periferia.

Termina con una apoteosis de su permanencia. Es cierto, pero bastante inseguro que sea una perdurabilidad con una ficción antigua, la de los tiempos primitivos que la vieron nacer.

Cuando Borges publicó su poema, su primo uruguayo, el escritor Enrique Amorin (fue con Amorin que Borges, en un lugar del Brasil, muy cerca de la frontera con Uruguay, vio a un hombre caer acuchillado, vio que mataban a un hombre ante sus ojos) escribió un poema, todavía inédito, que tituló "Retrueque a "EL TANGO" de Jorge Luis Borges". En una de las cartas que me escribió Amorin, en 1957, me envió ese bello poema de respuesta al de Borges. Su final era:

Ayer eras igual a Hoy y Todavía
insiste tu haragana permanencia.
Hoy te defienden con infusa ciencia
que perfila tu próxima agonía.

*

Ya perduras en felpa de salones
trasnochados apenas... y la rumba
cava el hueco sonoro de una tumba
en el hondo ritual de otras pasiones

*

Yo te gocé, yo te bailé y te inmolo
repudiando las dagas de hojalata.
Cuenta que aquí en el Río de la Plata
te dimos cancha porque andabas solo.

¿Qué quiere decir todo esto? El tango perdurará durante los tiempos, es la expresión más nacional de Argentina y los argentinos; pero no será hoy lo que fue ayer. Esa "mitología de puñales", que Amorin ironiza como "dagas de Hojalata", no será ya la norma, el norte y el sur del tango. Con razón habla de tumba... Y Borges, de eternidad.

No seamos dogmáticos. Todos pueden tener razón, sin que la tenga verdaderamente ninguno. Borges, Amorin, Rossler, interrogaciones, actitudes. La verdad es que el tango continúa...

Puente de conciliación. Estamos hablando del Borges "argentino" y ya casi nos hemos olvidado del Borges al que todo el mundo conoce. Y en este se admira su concepción del tiempo, el virgiliano fugit irreparable tempus, no como un encadenamiento o una sucesión, sino como un instante o una simultaneidad de instantes.

La conciliación: del Borges intelectualista se deriva, en línea recta su concepción singular del tiempo y es esa la que da a conocer y colorea el Borges "argentino", al concebir el tango como "una región donde el Ayer puede ser el Hoy, el Todavía" (pudiese y puede).

A fin de cuentas, Borges, el múltiple, es sólo uno... Y así pasará, con el tango, a la eternidad de los corazones.

Sólo me apetece ahora recordar estos versos de su amor casi religioso por Buenos Aires: "A mí se me hace cuento que empezó Buenos Aires: la juzgo tan eterna como el agua y el aire". Y decir, tan eterna como el tango y tan eterna como Borges.

CAMOENS, AGUILA BLANCA DE LA PROEZA LUSITANA

Fernando Diez de Medina

En el Cuarto Centenario de la
inmortal epopeya LOS LUSIADAS

**"A tí me dirijo, progenie
de Luso, que tan pequeña
parte ocupas en el mundo".**

Camoens

Los dioses pusieron el dolor delante de la gloria.

Cuando Kafka, el atormentado, dice: "Estoy acosado; he sido elegido", traza, en cinco palabras de fuego, el destino de los grandes vates sagrados que cantaron la proeza humana.

Homero y Milton ciegos, Cervantes manco, Camoens tuerto, Tasso y Holderlin locos, Kleist suicida, Leopardi sombrío, Byron satánico, Dante exilado y perseguido, Baudelaire y Poe oscilando entre el vicio y la locura. Virgilio, genio feliz, es la excepción.

Una sombra cruel y adversa oscurece los días de los poetas inmortales.

Y a estos ángeles negros de la desdicha y el sufrimiento, es concedida la gracia suprema de trocar el dolor en alegría victoriosa. De enaltecer, con lenguaje divino, la miseria y la grandeza del hombre.

Epifanías del genio ibérico. España da en el "QUIJOTE" el mejor retrato de la grandeza y el extravío humanos; Portugal entrega con *Los Lusíadas* el mayor poema épico de los tiempos modernos. Pero ambos creadores, Cervantes y Camoens, se hermanan en su calidad de gloriosos perseguidos del destino. Luchan por su Dios y por su Rey. Pierden un órgano vital. Padecen hambre, enfermedades, prisión, calumnia. Son desdichados en sus amores. Mundo y sociedad los hieren con sus más crueles venablos. Combatidos, resistidos, olvidados. Miseria y adversidad son sus madrinan. Guerreros, navegantes, aventureros, y a la postre descubridores de nuevos reinos ideales. Cuanto más sube el artista creador, más hondo cae el hombre. ¿Qué relación misteriosa existe entre la inteligencia fecunda y los hados malignos?

Tal vez Angelo Silesius adivinó el secreto: "pues el corcel que más rápidamente conduce a la perfección es el dolor."

Pero ahora hablemos de Luis Vaz de Camoens, hijo de la audacia y la "saudade", aquel que amoroso y arrogante llamó al Portugal vértice de la cabeza de toda Europa.

I

Imaginad un niño soñador y melancólico. Un adolescente ambicioso. Un joven arrojado, ansioso de las mayores experiencias. Un hombre noble pero desordenado, cuya altivez y gran corazón se dan de bruces, muchas veces, contra el mundo. Un luchador innato que prueba sus fuerzas contra el hado y contra los hombres. Un intelectual por su formación humanista, un varón del Renacimiento por la época que lo exalta y configura. Cristiano por el alma, pagano de cuerpo. El ideal del cruzado y la sensualidad del aventurero cruzan su espíritu. Y por encima de las excelencias y desfallecimientos del hombre complejo y plural, el canto del rui-señor que dará a la lírica portuguesa sus acentos más finos y más tiernos, y a la épica lusitana las músicas excelsas de un pasado de gloria y de grandeza.

Dicen que esta vida singular transcurrió entre 1524 y 1580: rebasa apenas el medio siglo, no alcanza a seis décadas.

Camoens nace y muere en Lisboa. Estudia en la famosa Universidad de Coimbra. Navega y naufraga. Sigue la ruta de Vasco da Gama. Conoce el Africa y el Asia. Se detiene en Ceuta, en Goa, en Macao, en Mozambique. En la primera pierde el ojo derecho peleando por la Cruz contra Mahoma. Funcionario público en Goa, controla los bienes de muertos y desaparecidos. Acusado injustamente de irregularidades, conoce la prisión. Pelea con señores poderosos que lo persiguen y encarcelan. Cuando regresa de Ceuta, se le atribuye una época tempestuosa, en la cual por frecuentar lupanares y tabernas sale con fama de pendenciero y espadachín.

Fuése imponiendo lenta pero seguramente el poeta sobre el aventurero. Camoens, alma incorruptible que jamás se rindió al infortunio ni al poder, rechazando "la enemiga sed del oro que a todos nos arrastra", acogió con dignidad el auxilio de protectores que después lo abandonaron y la pensión real, modesta por cierto, que le fué asignada en las postrimerías de su azarosa vida.

De sus amores, borrascosos unos, imposibles de consumir otros, se conoce poco. Sólo queda memoria de que el gran bardo habría amado a una hija del rey. Otros dicen que su mayor afecto fué por Catalina de